Los profesores de teología: su papel en la formación de los futuros sacerdotes

PROF. SALVADOR PIÉ-NINOT,
FACULTAD DE TEOLOGÍA DE CATALUNYA (BARCELONA),
PONTIFICIA UNIVERSIDAD GREGORIANA (ROMA)

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v54i189-190.526>

La reciente celebración en Roma del Sínodo sobre “La Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia”, para el cual fui nombrado experto por Benedicto XVI, así como el inicio del proceso de cualificación de los centros eclesiales para el nuevo espacio universitario europeo –el proceso de Bolonia!– promovido por la Agencia de Calidad de la Santa Sede (AVEPRO), para el cual he sido nombrado teólogo-evaluador, lamentablemente me imposibilitan compartir este Simposio sobre Formación Sacerdotal con motivo de los 15 años de Pastores dabo vobis.

Por esta razón quiero dejar constancia de la amable invitación a participar en él que tuve por parte del actual Director General de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, Don Jesús Rico, corroborada por el Rector del Pontificio Colegio Español de San José de Roma, Don Mariano Herrera. A su vez, quiero saludar a todos los presentes, especialmente a los señores obispos, a los rectores y responsables de los Seminarios, a los actuales y antiguos alumnos del Colegio Español, así como a todos los presentes.

El tema de la presente comunicación sobre ‘Los profesores de Teología: su papel en la formación de los futuros sacerdotes’ toca de lleno mi experiencia docente tanto en la Facultad de Teología de Cataluña en

Barcelona como en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. En efecto, en nuestra Facultad barcelonesa actualmente confluyen nueve de los diez Seminarios de Cataluña, así como un buen núcleo de Religiosos, además de Religiosas, Laicos y Laicas. La buena relación y comunicación con los respectivos Rectores y equipos de formadores de cada Seminario ha estado siempre muy presente. De forma análoga, aunque en un contexto más plural e internacional, mi experiencia romana de docencia en la Gregoriana desde 1992 ha facilitado una relación fluida e intercambio mutuo con diversos rectores de los Colegios Pontificios cuyos seminaristas estudian en la Gregoriana. En ambas experiencias la cuestión que plantea esta comunicación ha sido siempre un punto central de reflexión que ahora intento sintetizar en los siguientes tres puntos.

INTRODUCCIÓN

Puede ser útil para comenzar citar cómo Pablo describe la *formación* de los seguidores de Cristo con estas entrañables palabras: *Hijos míos, por quienes estoy sufriendo de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros* (Gál 4,19). En su comentario clásico Heinrich Schlier precisa que *los dolores de parto, por los que Pablo pasa por segunda vez, duran hasta que Cristo se forme en ellos, hasta que nazca en ellos el cuerpo de Cristo*¹. Por su lado, el más reciente comentario de Antonio Pitta subraya que *es interesante el verbo 'morphein, hapax legomenon' neotestamentario, utilizado de forma pasiva: en continuidad con el lenguaje generativo indica la formación del embrión en el seno de la mujer*². Así pues, en este contexto *formar* significa, según la clara formulación de A. Cencini, *proponer una forma, un modo de ser en el que el joven pueda reconocer su identidad y su vocación*³.

Por otro lado, la *Pastores dabo vobis*, ns.6-7, al reconocer una función importante a los profesores de teología de los seminaristas, recuerda las tres condiciones que permiten realizarlo del modo más adecuado. La primera condición pone de relieve la importancia de *la concepción que deben tener de la teología* los profesores y, por tanto, del servicio propio

¹ H. Schlier, *La carta a los Gálatas*, Salamanca 1975, 247

² A. Pitta, *Lettera ai Galati*, Bologna 1997, 273

³ A. Cencini, *Formación*, en *Diccionario de Pastoral Vocacional*, Salamanca 2005, 521

del teólogo. La segunda, que explicita la primera, consiste en tener presente que *el sujeto adecuado del conocimiento del misterio cristiano es la Iglesia como tal*, y que, por tanto, su misión de profesores es un *auténtico ministerio eclesial*. La tercera condición toca directamente la docencia a fin de que *la comunicación de una doctrina*, detalla la PDV, se convierta en una *oferta de orientación que unifique en el diseño de Dios todos los saberes humanos y las diversas expresiones de vida*.

Es fácil, pues, percibir que para la PDV el nivel al cual se considera la unidad es muy alto y profundo, y puede dar luz certera y respiro al compromiso para conseguir un correcto *intellectus fidei* y a toda la vida del Seminario, especialmente cuando la docencia es impartida con *rigor científico* y, a su vez, con *generosidad, humildad y pasión*, según palabras del mismo documento pontificio. Por eso, no es extraño, aunque pueda sorprender, que la PDV recuerde que *la experiencia dice que frecuentemente es más decisiva, en el desarrollo de la personalidad presbiteral, la responsabilidad de los docentes respecto a la de otros educadores* (nº 67). Afirmación final que nos llena de gran responsabilidad a los profesores y que debe tenerse presente en todo el iter vocacional.

Hecho este preámbulo entremos ahora en los tres puntos de esta comunicación:

1. La formación intelectual y la *naturaleza* del ministerio ordenado

La formación intelectual, recuerda de nuevo la PDV, encuentra su específica justificación en la naturaleza misma del ministerio ordenado (nº51). Conviene recordar aquí que desde el Concilio de Trento hasta el umbral del mismo Concilio Vaticano II esta afirmación no habría sido tan obvia, dado que el *sacerdocio ministerial* tenía como connotación dominante el *culto*. Ahora bien, en el Vaticano II la fisonomía del ministerio ordenado se enriquece para abarcar toda la *misión* de Jesús, caracterizada por su *triple munus* de sacerdote, profeta y señor/rey, que confía también a los Doce.

En efecto, el Vaticano II ha señalado el origen del ministerio ordenado no en el sólo mandato de Jesús en orden a la Eucaristía y a la remisión de los pecados, como se acentuaba frecuentemente en el preconcilio, sino en todos aquellos pasos en los cuales Jesús da a los Doce un mandato en orden al bautismo y al anuncio del Evangelio hasta los confines de la tierra (cf. Mt 28,18-20), al servicio a realizar a los pies de los hermanos

(cf. Jn 13), a la enseñanza de los preceptos de Jesús que se compendian en el amor... De esta forma, el último concilio ha reinsertado en la naturaleza teológica del ministerio ordenado, también la misión de evangelizar y la de servir a las personas como pastores. En efecto, el esquema de los *tria munera* –las tres funciones salvíficas: la sacerdotal, la profética o de enseñanza, y la de gobierno pastoral- que el Vaticano II utiliza para los presbíteros (LG 28; PO 2), incluyen dentro de la naturaleza del ministerio sacerdotal también la formación intelectual, no como una *condición preliminar* –¡como un *precio* a pagar para ser ‘cura’!-. En efecto, sin la formación intelectual faltaría algo esencial a la figura del sacerdote que nuestros seminarios están formando, ya que los futuros sacerdotes deberán participar de la globalidad del ministerio apostólico que se les confiará por la ordenación y que incluye las tres funciones salvíficas de Jesucristo, sacerdote, profeta y señor/rey. Tal urgencia a su vez, viene subrayada por la preciosa expresión conciliar sobre las dos mesas de la Eucaristía: *la de la Palabra y la del Cuerpo de Cristo* (DV 21; SC 48.51), recuperándose así el carácter también constitutivo de la Liturgia de la Palabra.

Además, estas tres funciones salvíficas configuran las tres dimensiones del ministerio ordenado en clave de una fe *pensada, celebrada y vivida*. En efecto, el presbítero *hace teología* en el ejercicio de cada uno de estos aspectos. Si se eliminase alguno de ellos la fe resultaría mermada, ya que si la fe no fuese adecuadamente *pensada*, se caería en el sentimentalismo y en la irracionalidad; si no fuese *celebrada*, se replegaría en el intelectualismo y el moralismo; si finalmente no fuese *vivida*, y por tanto no se tradujese en la vida y en el orden eclesial, sería abstracta y no incidiría en la historia. He aquí un desafío para la formación intelectual dentro del marco del ministerio ordenado bien explicitado por el fino título de la circular de la Congregación del clero en 1999 así: *El presbítero, maestro de la Palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad ante el tercer milenio*.

La docencia como comunicación primaria de contenidos de la Fe de la Iglesia (fides quae creditur) y la formación al sacerdocio como interacción con los otros dos aspectos de la fe: su vivencia (fides qua) y su carácter itinerante (fides in quem o fides ut via).

En el tratado teológico sobre la fe se usan dos expresiones latinas para significar por un lado, el contenido objetivo de la fe o su centro –*fides quae creditur*-, y por otro lado, el motivo subjetivo de la fe o su vivencia –*fides qua creditur*-. Ambas expresiones deben complementarse con una tercera que influye en ambas y que describe el carácter itinerante de la fe

–*fides in quem creditur* o *fides ut via*–, y que se aplica tanto en su contenido objetivo como en su vivencia subjetiva.

Estas distinciones son importantes para describir la función propia de la enseñanza de la Teología que se centra en el contenido objetivo de la fe de la Iglesia, –la *Fides Ecclesiae*– y sus diversos caminos para acceder a ella, pero no tiene como misión directa analizar la vivencia subjetiva y concreta de la fe de los estudiantes de la correspondiente disciplina teológica, ya que ella no puede ser evaluada académicamente. En efecto, conviene recordar que ya Tomás de Aquino en su primera y famosa cuestión de la *Summa Theologica* afirmaba claramente que la teología puede ser considerada una ciencia –y por tanto puede formar parte de la Universidad– porque es *argumentativa* (art.8) a partir de los principios de fe, y por esto observa también que la teología, *no es una ciencia práctica, sino más bien especulativa* (art.4) y por esto su dimensión práctica está más bien subordinada a la teórico-especulativa que es la primaria.

Es aquí donde se sitúa una correcta interrelación entre los tres aspectos de la fe para el candidato al sacerdocio y que los Seminarios deben tener presente, ya que la dimensión vivencial-subjetiva, o *fides qua*, y la dimensión de camino itinerante, o *fides in* o *fides ut via*, no son objetivo inmediato y evaluable de la enseñanza teológica, aún de la mejor, aunque obviamente el deseable testimonio de los profesores de teología será decisivo para ayudar a tal síntesis. He aquí pues, una anotación importante sobre la *limitación* epistemológica que tiene en sí la teología como enseñanza académica. Sólo la formación integral que pretenden los Seminarios es capaz de aunar los tres aspectos, teniendo presente la significatividad que debe tener el discernimiento espiritual de cada persona en este camino hacia una fe íntegra –objetiva-subjetiva-itinerante– que comporta la *sequela Christi* para configurarse *in persona Christi* como máxima expresión concreta de los tres aspectos de la fe que deben configurar al sacerdote.

La diferencia entre Teología y Fe/Magisterio

Se puede partir de la Instrucción de la Congregación para la doctrina de la fe sobre *La vocación eclesial del teólogo* de 1990 donde novedosamente se exponen, con su adhesión correspondiente, no dos, como se hacía clásicamente, sino tres niveles de autoridad doctrinal del Magisterio, dado que el conocido como Magisterio ‘ordinario’ se subdivide en definitivo y no definitivo, lo que comporta esta triple división:

- *MAGISTERIO SOLEMNE O EXTRAORDINARIO*: su acogida y respuesta se configura como un 'asentimiento de fe teologal' (*assensus fidei theologalis*), ya que va dirigido a Dios y ya que es el centro de la Fe de la Iglesia;

- *MAGISTERIO UNIVERSAL ORDINARIO DEFINITIVO*: la adhesión requerida es un 'asentimiento firme y definitivo' (*assensus firmus et definitivus*), basado en la fe en la asistencia que el Espíritu Santo otorga a la Iglesia, ya que se trata de aquello que la Iglesia enseña y que tiene conexión lógica e histórica con el centro de la Fe;

- *MAGISTERIO AUTÉNTICO ORDINARIO NO DEFINITIVO*: requiere un 'asentimiento religioso del espíritu' (*religiosum animi obsequium*), ya que se trata de la enseñanza habitual y ordinaria de la Iglesia, reconocible por los tres criterios de LG 25: tipo de documento, insistencia y fórmula empleada; existe además un segundo nivel como son las aplicaciones prudenciales y contingentes de la doctrina, especialmente en materia de disciplina, cuya adhesión requerida es una *voluntad de asentimiento sincero* (*voluntas sinceri obsequii*).

Nótese que en la presentación de este último documento sobre la vocación eclesial del teólogo, el entonces Prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, el cardenal J. Ratzinger, aportaba una aseveración de contenido muy significativo para la relación entre Fe, Magisterio y Teología al afirmar con una formulación atrevida y que puede sorprender que *la teología no es simple y exclusivamente una función auxiliar del magisterio; no debe limitarse a recoger los argumentos que le dicta el Magisterio. En tal caso, Magisterio y teología se acercarían a la ideología, para la cual sólo importa la conquista y el mantenimiento del poder*⁴. Precisión muy pertinente y aguda para distinguir entre Magisterio y Teología.

He aquí, pues, un quehacer teológico particularmente delicado pero importante para la teología católica. En efecto, conviene superar el puro binomio Magisterio y Teología para articular la tríada formada por el Pueblo de Dios, la Teología y el Magisterio, en el que se manifieste claramente que la Teología existe al servicio de la Iglesia, está ordenada a la totalidad de los creyentes con los cuales coopera, descubriendo las virtualidades, coherencia y racionalidad del mensaje cristiano en el mundo cultural y científico contemporáneo. Esta ordenación a la comunidad

⁴ CDF, *El don de la verdad. Sobre la vocación eclesial del teólogo*, Madrid 1993, 20.

creyente es la raíz de la singularidad de la vocación del teólogo, y de su responsabilidad como servidor de sus hermanos en la fe de la Iglesia.

Por esto, se debe hablar de una relación en la cual el aporte propio de la Teología con su reflexión e investigación y sus protagonistas los teólogos, es el *valor científico* de su reflexión y de los argumentos científicos que emplea (por ejemplo, ser tomista, suareziano, rahneriano, balthasariano, alfariano..., depende de la forma de reflexionar que parezca más adecuada). En cambio, el aporte propio que ofrece el Magisterio no se basa en argumentos científicos –aunque pueda usarlos secundariamente–, sino en el valor del *testimonio de fe* que aporta, ya que la razón última de la fe no es la argumentación sino, como recordaba ya el Vaticano I, *la autoridad –o testimonio– del mismo Dios que no puede engañarse ni engañarnos* (DH 3008), al cual el Magisterio tiene la misión de servir como *intérprete auténtico* (DV 10).

Recordemos, para concluir, que no compete al Magisterio esbozar síntesis teológicas, sino fijar los *datos angulares* irrenunciables de la Fe. En cambio, la síntesis será un asunto de la subsiguiente teología. Por eso, en caso de conflicto entre ambos por su misión le compete al Magisterio la decisión propiamente *autentificadora*, teniendo en cuenta siempre que tanto la Teología como el mismo Magisterio encuentran su razón de ser en el servicio común a la fe *en el interior mismo de la Iglesia (in medio Ecclesiae)*.

CONCLUSIÓN

Termino con una breve y preciosa recomendación del cardenal J.H. Newman en uno de sus últimos sermones universitarios:

Yo quisiera que los mismos lugares de la Universidad y las mismas personas sean a su vez oráculos de filosofía y santuarios de devoción. Más, aún, yo quiero que el laico intelectual sea religioso y que el eclesiástico devoto sea intelectual (Intellect, the Instrument of Religious Training, 1904).

¡Que así sea!